

Guerra colonial y trastornos mentales

Frantz Fanon

(Fragmento de "Les damnés de la terre", François Maspero, París, 1961.

Edición española "Los condenados de la tierra", FCE, México DF, 1963)

Pero la guerra continúa. Y tendremos que curar todavía durante muchos años las heridas múltiples y a veces indelebles infligidas a nuestros pueblos por la ruptura con el colonialismo.

El imperialismo, que ahora lucha contra una auténtica liberación de los hombres, abandona aquí y allá gérmenes de podredumbre que tenemos que descubrir implacablemente y extirpar de nuestras tierras y de nuestros cerebros.

Aquí nos ocupamos del problema de los trastornos mentales surgidos de la guerra de liberación nacional que realiza el pueblo argelino.

Quizá parezcan inoportunas y desplazadas en un libro como éste¹ las siguientes notas sobre psiquiatría. No podemos evitarlo de ninguna manera.

No ha dependido de nosotros que en esta guerra diversos fenómenos psiquiátricos, trastornos del comportamiento y del pensamiento hayan cobrado importancia tanto entre los actores de la "pacificación" como dentro de la población "pacificada". La verdad es que la colonización, en esencia, se presentaba ya como una gran proveedora de los hospitales psiquiátricos. En diversos trabajos científicos llamamos la atención de los psiquiatras franceses e internacionales, desde

1954, sobre la dificultad de "curar" correctamente al colonizado, es decir, de hacerlo totalmente homogéneo en un medio social de tipo colonial.

Como es una negación sistemática del otro, una decisión furiosa de privar al otro de todo atributo de humanidad, el colonialismo empuja al pueblo dominado a plantearse constantemente la pregunta: "¿Quién soy en realidad?".

Las posiciones defensivas surgidas de esta confrontación violenta del colonizado con el sistema colonial se organizan en una estructura que revela la personalidad colonizada. Basta simplemente para comprender esta "sensibilización" apreciar el número y la profundidad de las heridas sufridas por un colonizado durante un solo día en el régimen colonial. Hay que recordar, en todo caso, que un pueblo colonizado no es sólo un pueblo dominado. Bajo la ocupación alemana los franceses no dejaron de ser hombres. En Argelia no solo hay dominio sino literalmente decisión de ocupar simplemente un territorio. Los argelinos, las mujeres con *haik*, las palmeras y los camellos forman el panorama, el telón



Vietnam, 1968.

de fondo *natural* de la presencia humana francesa.

La naturaleza hostil, reacia, profundamente rebelde está representada efectivamente en las colonias por la selva, los mosquitos, los indígenas y las fiebres. La colonización tiene éxito cuando toda esa naturaleza indócil es por fin domeñada. Ferrocarriles a través de la selva, desecación de los pantanos, inexistencia política y económica de la población autóctona son en realidad una y la misma cosa.

¹ Frantz Fanon, militante del FLN argelino y psiquiatra, escribió varios libros sobre la lucha anticolonial. El más conocido es *Los condenados de la tierra*, editado en 1961 en Francia, con un encendido prólogo de Jean-Paul Sartre, donde incluye un anexo sobre las repercusiones psicopatológicas de la tortura y la guerra entre los colonos y los colonizados.

En el periodo de colonización no impugnada por la lucha armada, cuando la suma de excitaciones nocivas pasa de cierto umbral, las posiciones defensivas de los colonizados se desploman y éstos llenan en gran número los hospitales psiquiátricos. Hay, pues, en ese periodo tranquilo de colonización triunfante una patología mental permanente y copiosa producida directamente por la opresión.

Actualmente la guerra de liberación nacional que realiza el pueblo argelino desde hace siete años, por abarcar la totalidad del pueblo, se ha convertido en terreno favorable para la eclosión de trastornos mentales² (...).

Por regla general, la psiquiatría clínica reúne los diferentes trastornos presentados por nuestros enfermos bajo la rúbrica de "psicosis reaccionales". Al hacerlo, se da mayor importancia al acontecimiento que ha desencadenado la enfermedad aunque, aquí y allá, se mencione el papel del terreno en que se produce (la historia psicológica, afectiva y biológica del sujeto y el del medio). Nos parece que eran los casos presentados aquí, el acontecimiento que desencadena todo es principalmente la atmósfera sanguinaria, despiadada, la generalización de prácticas inhumanas, la impresión tenaz que tienen los individuos de asistir a una verdadera apocalipsis (...).

Las observaciones que citamos aquí cubren el periodo que va de 1954 a 1959. Algunos de los enfermos fueron tratados en Argelia, en centros hospitalarios o como clientela particular. Los demás fueron tratados en las instalaciones sanitarias del Ejército de Liberación Nacional (...)

Caso Nº 2. Impulsos homicidas indiferenciados en un evadido de una liquidación colectiva.

S..., de 37 años, fellah. Vive en un aduar en Constantinois. No se ha ocupado jamás de política. Desde principios de la guerra, su región es escenario de batallas violentas entre las fuerzas argelinas y el ejército francés.

S... tiene ocasión, así, de ver muertos y heridos. Pero sigue manteniéndose al margen. Cada cierto tiempo, como todo el

pueblo, los campesinos de su aldea ayudan a los combatientes argelinos que están de paso. Pero un día, a principios de 1958, tiene lugar una emboscada de la que resultan varias muertes, no lejos del aduar. Las fuerzas enemigas organizan una operación y sitian la ciudad, vacía de soldados. Todos los habitantes son reunidos e interrogados. Nadie responde. Unas horas después, un oficial francés llega en helicóptero y dice: "Este aduar da demasiado que hablar; ¡destrúyanlo!". Los soldados empiezan a quemar las casas mientras las mujeres que tratan de recoger algunas ropas o de salvar algún enser son rechazadas a culatazos. Algunos campesinos aprovechan la confusión reinante para escapar. El oficial da orden de reunir a los hombres que quedan y los hace conducir cerca de un río donde comienza la matanza. Veintinueve hombres son muertos a quemarropa. S... es herido por dos balas que le atraviesan respectivamente el muslo derecho y el brazo izquierdo, ocasionándole esta última herida una fractura del fémur.

S... se desmaya y recupera el conocimiento en medio de un grupo del Ejército de Liberación Nacional. Es atendido por el Servicio Sanitario y evacuado cuando le es posible trasladarse. Durante el camino, su comportamiento cada vez más anormal no deja de inquietar a la escolta. Reclama un fusil, siendo así que es civil y está incapacitado, y se niega a marchar delante de nadie. No quiere que vaya nadie detrás de él. Una noche se apodera del arma de un combatiente y dispara inhábilmente sobre los soldados dormidos. Desde ese momento marchará con las manos amarradas y es así como llega al Centro.

Comienza por decirnos que no ha muerto y que les jugó a los demás una buena pasada. Poco a poco, podemos reconstruir la historia de su asesinato frustrado. S... no está angustiado, sino más bien sobreexcitado, con fases de agitación violenta, acompañadas de alaridos. No rompe cosas, pero fatiga a todo el mundo con su incesante charla y el Servicio se mantiene en alerta permanente por su decisión manifiesta de "matar a todo el mundo". Durante su hospitalización, ataca con armas improvisadas a unos ocho enfermos. Los enfermeros y los médicos tampoco se salvan. Llegamos a preguntarnos si no nos encontramos en presencia de una de las formas larvadas de epilepsia caracterizada por una agresividad global casi siempre despierta.

Se emprende una cura de sueño. A partir del tercer día, una entrevista cotidiana va a permitirnos comprender mejor la dinámica del proceso patológico. El desorden mental desapa-

²En la introducción no publicada en las dos primeras ediciones de *L'An V de la Révolution Algérienne* ya señalábamos que toda una generación de argelinos, sumergida en el homicidio gratuito y colectivo con las consecuencias psicoafectivas que esto supone sería la herencia humana de Francia en Argelia.

rece progresivamente. He aquí algunos. pasajes de las declaraciones del enfermo:

“Dios está conmigo..., pero entonces no está con los que murieron... Tuve mucha suerte... En la vida hay que matar para que no lo maten a uno... Cuando pienso que no sabía nada de sus historias... Hay franceses entre nosotros. Se disfrazan de árabes. Hay que matarlos a todos. Dáme una ametralladora. Todos esos supuestos árabes son franceses... y no me dejan tranquilo. Cuando quiero dormirme entran en el cuarto. Pero ahora ya los conozco. Todos quieren matarme. Pero me defenderé. Los mataré a todos sin excepción. Los degollaré uno tras otro y a ti también. Ustedes quieren eliminarme, pero tendrán que actuar de otra manera. No me importará matarlos. A los chicos y a los grandes, a las mujeres, a los niños, a los perros, a los pájaros, a los burros..., a todo el mundo le tocará... Después podré dormir tranquilo...” Todo esto es expresado en un lenguaje cortante, en actitud hostil, altanera y despreciativa.

Después de tres semanas, la excitación desaparece, pero una reserva, cierta tendencia a la soledad nos hacen temer una evolución más grave. No obstante, después de un mes, solicita salir para aprender un oficio compatible con su enfermedad. Se le confía entonces al Servicio Social del FLN. Lo vimos seis meses después. Va bien.

Caso N° 5. Un inspector europeo tortura a su mujer y a sus hijos.

R..., de 30 años, viene espontáneamente a consultarme. Es inspector de policía, y desde hace varias semanas siente que “algo no marcha”. Casado, tres hijos. Fuma mucho: cinco cajetillas de cigarros diarias. No tiene apetito y frecuentemente es afectado por pesadillas. Esas pesadillas no tienen características propias. Lo que más le afecta es lo que él llama sus “crisis de locura”. En primer lugar, no le gusta que lo contrarien: “Doctor explíqueme eso. Cuando tropiezo con una oposición me dan ganas de golpear. Aún fuera del trabajo, me dan ganas de maltratar a quien se me atraviese en el camino. Por cualquier cosa. Por ejemplo, voy a buscar los periódicos al puesto. Hay mucha gente. Forzosamente hay que esperar. Extiendo el brazo (el dueño del puesto es mi amigo) para recoger mis periódicos. Alguien de la cola me dice con cierto desafío: «Espere su

turno». Pues bien, me dan ganas de golpearlo y me digo. «Viejo, si te agarrara unas cuantas horas no te quedarían ánimos de hacer payasadas». No le gusta el ruido. En su casa siente deseos de golpear a todo el mundo, constantemente. Y de hecho golpea a sus hijos, aún al pequeño de 20 meses, con un raro salvajismo.

Pero lo que lo ha llenado de estupor es que una noche, cuando su mujer lo criticó demasiado por haber golpeado a los niños (llegó a decirle: “Por Dios, te estás volviendo loco...”) se lanzó sobre ella, le pegó y le ató a una silla diciéndole: “Voy a enseñarte de una vez por todas quién es el amo en esta casa”.

Por fortuna, sus hijos empezaron a llorar y a gritar. Comprendió entonces la gravedad de su comportamiento, soltó a su mujer y al día siguiente decidió consultar a un médico “especialista de los nervios”. Precisa “que antes no era así”, que casi nunca castigaba a sus hijos y que jamás se peleaba con su mujer. Los fenómenos actuales han aparecido después de “los acontecimientos”: “Es que ahora hacemos un trabajo de infantería. La semana pasada, por ejemplo, estuvimos en operaciones como si perteneciéramos al ejército. Esos señores del gobierno dicen que no hay guerra en Argelia y que las fuerzas del orden, es decir, la policía, deben restablecer la calma. Pero sí hay guerra en Argelia y cuando se den cuenta va a ser demasiado tarde. Lo que me mata son las torturas. ¿Sabe usted lo que esto significa?... Algunas veces torturo diez horas seguidas...”.

– ¿Qué siente al torturar?

– Cansa... Es verdad que hay relevos, pero se trata de saber en qué momento hay que dejar que el compañero nos sustituya. Todos piensan que están a punto de obtener los informes y no quieren ceder el pájaro listo al otro que, naturalmente, recibirá los méritos. Entonces, lo dejamos. . . o no lo dejamos. . .

“A veces hasta le ofrecemos al tipo dinero, nuestro propio dinero para hacerlo hablar. El problema para nosotros es, en realidad, el siguiente: ¿eres capaz de hacer hablar a ese tipo? Es un problema de éxito personal; se establece una competencia... Al final tenemos los puños derrengados. Entonces se emplea a los «senegaleses». Pero golpean demasiado fuerte y acaban al tipo en media hora, demasiado pronto y eso no es eficaz. Hay que ser inteligente para hacer bien ese trabajo. Hay que saber en qué momento apretar y en qué

momento aflojar. Es una cuestión de olfato. Cuando el tipo está maduro no vale la pena seguir golpeando. Por eso uno mismo tiene que hacer el trabajo: se vigila mejor cómo marcha. Yo no apruebo a los que hacen que otros preparen a los tipos y que cada hora van a ver cómo va la cosa. Lo que hace falta, sobre todo, es no dar al tipo la impresión de que no saldrá vivo de nuestras manos. Se preguntaría entonces para qué hablar si eso no le salvaría la vida. En ese caso no habría ninguna posibilidad de poder obtener nada. Es absolutamente necesario que tenga esperanza: es la esperanza lo que le hace hablar.

“Pero lo que más me afecta es el problema de mi mujer. Sin duda hay allí algo de trastornado. Usted tiene que arreglar eso, doctor”.

Como sus superiores le negaron la licencia y, además, el enfermo no quería el certificado de un psiquiatra, emprendemos un tratamiento “en plena actividad”. Fácilmente pueden adivinarse las precariedades de semejante fórmula. Ese hombre sabía perfectamente que todos sus trastornos eran provocados directamente por el tipo de actividad realizada en las salas de interrogatorio, aunque hubiera tratado de rechazar globalmente la responsabilidad hacia “los acontecimientos”. Como no pensaba (sería un contrasentido) dejar de torturar (para ello habría que dimitir) me pidió sin ambages que lo ayudara a torturar a los patriotas argelinos sin remordimientos de conciencia, sin trastornos de comportamiento, con serenidad³.

³Esta observación nos sitúa frente a un sistema coherente que no deja nada intacto. El verdugo que ama a los pájaros o goza en calma de una sinfonía o de una sonata, no es sino una etapa. Posteriormente, no hay más que una existencia que se inscribe totalmente en el plano de un sadismo radical y absoluto.